

viejos, en leer y componer poesía vieja, en cosas incomprensibles, o poco menos, en nuestro país.

Alcalá recuerda a Cervantes que, como la inscripción de su casa nativa dice, *pertenece por su nombre y por su ingenio al mundo civilizado, y por su cuna, a Alcalá de Henares*. En esta inscripción, clásicamente discreta, está pintado un pueblo. Cervantes recuerda a Don Quijote y Don Quijote a los ardientes, escuetos y dilatados campos de Castilla, tan ardientes, escuetos y dilatados como el espíritu qui-jotesco. Vamos al campo.

No se ve a Alcalá, como a nuestros pueblos, recogida en el regazo de montes verdes, bajo un cielo pardo, sino tendida al sol en el campo infinito, dibujando en el azul las siluetas de las torres de sus conventos. Rojiza, tostada por el sol y el aire, pegada al suelo, circuída por paredes bajas de adobe. Rodean a su campo, como ancho anfiteatro, los barrancos de la sierra, en que se alzan pelados el cerro del Viso, el de la Vera Cruz, el Malvecino, la meseta del Ecce-Homo. Lame los pies de los cerros, separando la Campiña de la Alcarria, el Henares de frondosas riberas festoneadas de álamos negros y álamos blancos.

A un lado del Henares, la sierra, y la Campiña al otro. No las montañas en forma de borona, verdes y frescas, de castaños y nogales, donde salpican al helecho las flores amarillas de la argoma y las rojas del brezo. Colinas recortadas que muestran las capas del terreno, resquebrajadas de sed, cubiertas de verde suave, de pobres yerbas, donde sólo levantan cabeza el cardo rudo y la retama olorosa y desnuda, la pobre *ginestra contenta dei deserti* que cantó el pobre Leopardi en su último canto.

Al otro lado la tierra rojiza, a lo lejos el festón de árboles de la carretera, amarillos ahora; en el confín, las tierras azuladas que tocan al cielo, las que al recibir al sol que se recuesta en ellas, se cubren de colores calientes, de un rubor vigoroso.